

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 cts.

Redacción y administración: Calle Cadena, 39, 2.º, 1.ª

Paquete de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas.
Suscripción: España, un trimestre . 1'00 »
" Extranjero, " . 1'50 »

A Tirios y Troyanos

Declaración necesaria

Después de los discursos que, siguiendo al de Maura y para no ser menos que éste, han pronunciado algunos jefes de partidos políticos españoles, entre ellos Vázquez Mella y Melquíades Álvarez, se han enconado más las *fbias* de los neutralistas... germanófilos y aliadófilos, que andan a la greña excitados por las frases *patrióticas* que chocan antagónicas entre unos y otros después de haber salido de labios de sus ídolos nefastos, de los oráculos charlatanes, de los farsantes semidioses de la política que han convertido el sentido de la neutralidad en algo morboso por la inoculación de sus parciales e insanas *fbias*.

Unos a otros, estos beligerantes *neutralistas* se echan en cara que obran bajo la influencia del oro que los Gobiernos europeos prodigan para que se labore en pro de su respectivo grupo de beligerantes. Y en esto no mienten; ahí están como testimonio ellos mismos que lo confiesan y los mismos que por los procedimientos *neutralófilos* y *neutralótopos* cométese en las oficinas de los confiados cónsules extranjeros de esta capital.

Ante tanta indignidad, pues; ante tanta porquería nauseabunda como se desprende del *neutralismo* de estas gentes que pretenden salpicar con sus *chantajes* y sobornos a todo el mundo, nosotros los anarquistas a cuyo cargo está el periódico TIERRA Y LIBERTAD, que es el eco y portavoz de miles de hombres, declaramos, para que no se nos pueda confundir con los que exteriorizan sentimientos nefandos que deseamos extirpar del corazón humano, que NO NOS ADHERIMOS a ninguna manifestación organizada por unos o por otros; que *nuestra manifestación* la haremos como y cuando la creamos oportuna, sin ser arrastrados por nadie; que NO TENEMOS NADA DE COMÚN con los simpatizantes de uno y de otro grupo de naciones en guerra; que NOS REPUGNA por igual el *neutralismo* y el *intervencionismo* interesados de los *aprovechadores de la guerra*, y que si la *causa* de los germano-austro-turcos nos ES ODIOSA, la de los anglo-franco-rusos NO NOS LO ES MENOS.

Por consiguiente, estando contra unos y contra otros, el periódico TIERRA Y LIBERTAD, que representa en España una opinión, DESAUTORIZA a quien quiera que sea que pretenda usar su nombre en ninguna representación ni en ningún acto.

Contra la guerra nosotros hacemos *nuestra* obra, y contra la guerra los anarquistas haremos *nuestra* acción si se intenta lanzar a ella al pueblo español.

Enemigos de las guerras entre naciones, por la esencia misma de nuestro ideal, nosotros fuimos los primeros en hacer declaraciones *neutrales* con respecto de la intervención de España en la guerra. Al día siguiente de su declaración en Europa, nosotros manifestamos en estas mismas columnas nuestro sentir y declaramos *nuestra* actitud, y en él perseveramos y en ella estamos, dispuestos a los mayores extremos para que mediante la acción revolucionaria se llegue a la abolición de las causas de tan terribles efectos y la paz futura pueda quedar establecida firme y naturalmente basada en la fraternidad de los pueblos.

Sirvan estas declaraciones para que no se nos confunda con los tirios y troyanos políticos de todo pelaje, que se esconden bajo la máscara de una *neutralidad bélica* y con los cuales no podemos ni queremos confundirnos.

Más allá de las reformas

Parece incomprendible que después de tantos años de lucha casi estéril, después de tantas desilusiones, tras tantos proyectos, planes y sistemas nacidos con la pretensión de infalibles y deshechos al primer choque con el más frágil obstáculo; de tantas lecciones humillantes sufridas ante las fuerzas enemigas, parece extraño, decimos, que haya individuos los cuales, de buena o mala fe, sin deducir de aquellas leccio-

nes enseñanzas lógicas, persistan en creer que la «cuestión social», pueda encontrar su solución inevitable, lenta, llana y pacíficamente en la legislación de los parlamentos nacionales, con la reforma progresiva del sistema actual. Y que otros, más ciegos aun a la experiencia de un pasado reciente, estrechen la «cuestión social» en el reducido círculo de un problema estrictamente económico, colocando su único remedio en planes equivocados de una lucha más equívoca todavía y que son para ellos las bases de la futura reconstrucción.

No está en nuestras intenciones formular un nuevo plan de conformación social, ni criticar los ya expuestos, que no es lógico discutir lo que haremos después de la victoria, cuando apenas hemos empezado la batalla. Pero quiero examinar la posición asumida por los anarquistas y mantenida a pesar de las persecuciones policíacas, las represiones estatales, las acusaciones, las calumnias, las insinuaciones prodigamente esparcidas por adversarios vanidosos que desdeñan nuestros esfuerzos de minoría aislada y no tienen el buen sentido de comprender que si sus partidos se han abierto camino entre la masa, ha sido precisamente por las rojas, aunque mentirosas, promesas de que saben siempre ser largos en sus programas.

Promesas mentirosas, porque no fueron ni serán jamás cumplidas; porque la reforma de las instituciones burguesas, antes que favorecer al mejoramiento de las clases pobres, consagra su servilismo, remacha su esclavitud, perpetúa su miseria.

Como anarquistas y como revolucionarios, no podemos concebir otra solución a la cuestión social que el derrumbe de las presentes instituciones para sustituirlas con la libre cooperación de los individuos, libres ya de los prejuicios tradicionales, del miedo, de toda dominación, de toda tutela.

Porque hasta que el último de los preconceptos dominantes hoy día (herencia fatal de un pasado de servidumbre y abyección) no sea pulverizado por la furia demolidora de la revolución y la liberación completa, integral de cada individuo se alcance, pasaremos de una a otra forma de servidumbre, de uno a otro amo, de uno a otro gobierno, alejando siempre más la sociedad de los libres, de los iguales, el triunfo de la Anarquía.

De aquí la necesidad de llevar la lucha a un más vasto campo de acción; de dirigir nuestras miradas a una más alta meta. De aquí la justificación de nuestra actitud.

Ninguno de los muchos problemas que atañen y preocupan a la humanidad, debe pasar inobservado al anarquista, que debe preocuparse de todas las manifestaciones de la vida social, de todos los movimientos y las maniobras del enemigo, sacando las enseñanzas, las advertencias que tiendan a robustecer su individualidad, a preparar sus armas, a apresurar el paso e intensificar la batalla para alcanzar sus aspiraciones.

Cualquier sociedad, la presente inclusive, es un organismo dotado de movilidad, que se agita, se desenvuelve continuamente produciendo cosas, hechos y hombres siempre nuevos, que se presentan al revolucionarismo bajo aspectos y actitudes variabilísimos, según el ambiente en que se producen.

Es evidente que las cuestiones que alimentaron la actividad y determinaron los movimientos de los primeros campeones de la Anarquía, no son las mismas en que hoy se inspira nuestra crítica, aun quedando inmutado el principio general, el objeto final. Y no tener en cuenta tales mutaciones y hechos nuevos sería sin duda pernicioso.

La revolución debe ser completamente radical y nuestra obra labora para que así sea; pero no lo será en tanto nos encerremos en los límites estrechos de una premisa muchas veces errónea, o de una rama solamente de la actividad social.

Si nosotros limitamos nuestra actuación al campo económico, por ejemplo, en la creencia de que las masas no se mueven sino bajo el impulso del interés económico puro y simple, dejaremos escapar tantas fortuitas ocasiones como

se presentan en el curso de la historia y que ponen al descubierto el campo enemigo.

El hombre no vive solo de pan, y entre las multitudes que nosotros queremos rescatar del yugo burgués, hay también ideologías, sentimientos, afectos propios, que constituyen el móvil de muchas de sus acciones, ideologías y sentimientos, que muchas veces les hacen ciegos a nuestras visiones de un porvenir mejor, desconfiados a nuestras previsiones, hostiles a nosotros que deseamos su liberación y fáciles a los manejos de las clases dominantes.

Y he aquí la necesidad de desarraigar del ánimo de las masas, todos aquellos prejuicios que, siendo de naturaleza variadísima, imponen al anarquista, al revolucionario, una crítica seria, animada, persistente, sobre todo lo que de ilógico tienen las presentes instituciones. Es decir, que habremos de librar batalla áspera y abierta en todos los campos: en el económico, en el político y en el moral.

Esto es lo que nosotros hacemos, echando por tierra todas las maniobras de la coalición burguesa, estatal y religiosa; minando con nuestra actividad las columnas de la decrepita sociedad actual.

Si hoy nos ocupamos principalmente de la guerra, es porque vemos en ella el factor más potente, más importante, más vasto de este turbulento período histórico, salvo emplear mañana mayor energía en la lucha económica, cuando ésta requiera mayor esfuerzo de nuestra parte, así como a cualquier otro problema cuya solución sea necesaria e indispensable para alcanzar nuestro fin.

Más que la propaganda teórica de las premisas científicas y de la filosofía del ideal; más que la descripción pintoresca de la sociedad futura, es el llamamiento continuo e incansante a los hechos de la vida cotidiana, a los dramas que se desenvuelven bajo nuestros ojos, lo que despierta a las masas de su torpe sopor y las lleva a empeñar batalla contra el enemigo secular.

NANDO

LA INQUISICIÓN PERDURA

EL SILLÓN DE GRANADA

Jamás hemos dejado de protestar contra el atavismo inquisitorial que ha hecho y continúa haciendo tantos estragos en España y fuera de ella; nunca hemos desaprovechado la ocasión de maldecir a los gobernantes sanguinarios que se complacen torturando a los hombres que han tenido la entereza de exponer ideas libertadoras, y por ello se nos ha acusado y se nos acusa de exagerados, de hiperbólicos a pesar de que nuestras censuras, nuestras denuncias y nuestras protestas han ido siempre acompañadas de pruebas suficientes, demostrativas de aquellos crímenes.

Y cuando hartos de denunciar prácticas inquisitoriales sin obtener por ello otra cosa que la persecución de los tiranos; cuando hartos de exponer razones sin que se nos haga caso como no sea para colocarnos el honoroso sambenito de las víctimas, alguno de los nuestros ha armado su brazo del puñal o de la bomba, hemos sido motejados de criminales hasta por ese mismo pueblo torturado a través de los siglos, en cuya defensa expusimos nuestra libertad cuando no perdimos nuestra vida.

Pero nosotros sabemos por qué es esto y compadecemos a esa desdichada plebe que nos ladra y que por miedo no nos muere. La han educado en la admiración de sus verdugos, en el culto a «la justicia que mandan hacer» y en la dejación de su propia dignidad, y no es extraña su indecisión, su falta de coraje y su exceso de cobardía para acabar de una vez hasta con el recuerdo de las prácticas inquisitoriales.

Los martirios de Montjuich, el castillo maldito, que haría enrojecer a España de vergüenza si esta vergüenza existiera, pudieron levantar protestas pero no tuvieron virtualidad para lograr que el pueblo destruyese el antro infernal hasta no dejar filtrar sobre piedra.

Y ya es sabido que la sombra fatídica de Montjuich se extiende sobre toda España imponiendo el terror de una

noche tenebrosa en la que espectros y fantasmas demoniacos danzan con sonrisas escalofriantes parodiando a los tiranos.

«Toda España es Montjuich», si, toda España.

Fué un tirano quien hubo de reconocerlo y manifestarlo así; pero cuando formulábamos aquellas denuncias de torturas aplicadas a los hijos del pueblo por los verdugos a sueldo de la burguesía, se nos llamó embusteros; cuando lo de la «Mano negra», se nos llamó embusteros; cuando lo de Alcalá del Valle, se nos llamó embusteros; cuando lo de Cullera, se nos llamó embusteros... ¡y siempre así!

¿Por qué entonces confiesan los tiranos que «toda España es Montjuich»? ¡Ah! Es que emitir un juicio así no es peligroso; es que además da algún prestigio, porque equivale al reconocimiento de las propias culpas y el pueblo es tan estúpido a veces que no sabe ejecutar la sentencia que contra sí propios pronuncian los inquisidores. El pueblo, S. M. Cándido I, celebraría que los verdugos se ejecutasen a sí mismos. No le sirvió a S. M. de nada la lección del 93. Y cuando se siente amarrado a la columna y azotado, y su rostro cárdeno de bofetadas se cubre de la sangre que hacen brotar las espinas de su testa coronada, se queja a sus verdugos y les ruega que formen tribunal para juzgarse a sí mismos.

Pero los verdugos se absuelven mutuamente. ¿Acaso puede ser de otra manera, ni es de sentido común que ocurra de otro modo?

Ante los tribunales llamados de justicia se han presentado procesados con las carnes torturadas y las ropas empapadas en sangre, y esos tribunales presididos por un Cristo escarnecido que parece simbolizar al pueblo soberano, a S. M. Cándido I, han afirmado que las cicatrices eran escrofulosas y la sangre procedente de las escrófulas.

Según ellos no hubo torturas; ni podía haberlas, porque entonces muchos beneméritos se habrían hecho acreedores al presidio o a la justicia popular. Y esto no podía ser, ni podrá ser nunca.

Recordamos haber sido encerrados en un calabozo subterráneo, sin cama, sin aire, sin luz por impedir que nos abofeteara un empleado de prisiones, y cuando nos hubimos habituado a la obscuridad, pudimos observar en la pared una mancha de sangre a la que había adheridos algunos cabellos. Cuando salimos de aquella mazmorra, hubimos de llamar la atención de los jueces por medios adecuados al caso; pero al presentarse los notables, la mancha había desaparecido.

Y se nos llamó embusteros.

Recordamos haber presentado en el ministerio de Gracia y Justicia una denuncia tan extensa que ocupa trece páginas escritas a máquina en papel de barba y la que cada línea es una acusación gravísima con pruebas testificales y materiales que se acompañaban, sin que por ello haya recaído castigo sobre los culpables. Podráse argüir que las acusaciones fuesen falsas; pero entonces ¿por qué no se nos ha procesado como calumniadores?

¡Bien saben los tiranos españoles que en sus ergástulas se emplea el tormento inquisitorial en todas sus manifestaciones! ¡bien saben que se emplea desde la estaca y el grillete hasta la celda húmeda que deja filtrar el agua gota a gota sobre la cabeza del recluso y la muerte lenta por el régimen del hambre! ¡Bien saben que «toda España es Montjuich»!

Pero lo trágicamente ridículo del caso es que la prensa prostituida a los tiranos se lamenta en elegías de cocodrilo cuando se saben ciertos hechos de esta índole y haga el vacío cuando se trata de exigir responsabilidades por el procedimiento sumarisimo de la justicia popular.

¿Cómo, pues, impedir los procedimientos terroristas de la canalla gubernamental? ¿Cómo extirpar la inquisición sin extirpar a los inquisidores?

Con teorías solamente, no; porque teorías que no se examinen a la realidad práctica, son teorías muertas.

Hace ya cien años que de derecho se abolió la Inquisición, y aún rige una ley provincial, que autoriza a los inquisidores mayores de las capitales para se-

questrar a cualquier ciudadano por 15 días, y por otros 15 después, y así sucesivamente hasta que se sacie su instinto o encuentre quien le levanta la tapa de los sesos.

Y otras que permiten condenar con arreglo a la convicción moral del tribunal, a pesar de haber pruebas que abonen la inculpabilidad del procesado. Y esa convicción llamada «moral» y que de tal no tiene más que el nombre, es el arma inquisitorial de que se valen los esbirros del siglo xx para llevar a ciudadanos honradísimos al Jardín de los Suplicios. La misma Constitución del Estado, trampa fundamental de todas las leyes tramposas, tiene una disposición para anularse a sí misma cuando le viene en gana y practicar la inquisición como en los tiempos de Carlos II. No otra cosa es siempre la suspensión de las garantías constitucionales.

Y parece extraño, que anulándose la Constitución a sí misma cuando le viene en gana, no se le haya ocurrido al pueblo soberano, S. M. Cándido I, anularla él de una vez para siempre, por un acto de su soberana voluntad y de su fuerza soberana.

Pero S. M. Cándido I, es un soberano... estúpido, que jamás ha querido estudiar lógicamente.

Le sucede lo que a esos diarios que se lamentan con elegías de cocodrilo, al saber que en la Audiencia de Granada se ha descubierto un sillón de tortura, y luego claman por el respeto de las leyes, producto de una colectividad de inquisidores; que señalan como un atavismo inquisitorial las corridas de toros, y luego publican las reseñas y bombean a esos tipos asquerosos de coleta y taleguilla.

Positivamente, el pueblo, como sostienen esos cronistas... *diluvianos* a quienes creemos más bien antediluvianos, está exento de energías, pero es porque la misma prensa ha coadyuvado a ese aniquilamiento que permite las prácticas del régimen inquisitorial de España.

Por eso «toda España es Montjuich» y en cada Audiencia española hay un sillón de tortura.

Y por eso, la plebe, que por miedo no nos muere, suele ladrarnos cuando en su propia defensa alguno de los nuestros emplea su brazo vengador... contra la Inquisición y contra los inquisidores.

FRANCISCO JORDÁN

Por la Justicia

EN LEBRIJA

Con objeto de continuar la campaña pro amnistía para todos los presos por delitos políticos y sociales y con el buen fin de sembrar la semilla reivindicadora y de redención humana entre la clase obrera de este pueblo, se ha celebrado un grandioso mitin en el amplio local que ocupa la Asociación de Campesinos de Lebrija.

Presidió el compañero Manuel Rodríguez, quien con breves palabras explicó el objeto del acto a la concurrencia que allí se hallaba congregada, recordando al mismo tiempo a los trabajadores que el deber de todo obrero consciente y sindicado es luchar por la emancipación de todos los oprimidos y por la libertad de las víctimas de la infame *clase* dominadora.

Acto seguido hicieron uso de la palabra los compañeros Pedro Rodríguez, Francisco González y Francisco Páez, los tres de la localidad, quienes lanzaron anatemas contra los retrógrados y traidores; condenaron con energía la indiferencia y el marasmo de los débiles; combatieron la obra reaccionaria del bárbaro caciquismo, y propagaron la unión y la cultura para concluir con todos los males de la sociedad presente. También recomendaron la solidaridad hacia los caídos y abogaron por la libertad de todos los presos.

El camarada Sánchez Rosa, que vino de Sevilla a tomar parte en el acto, dirigió un saludo fraternal al pueblo obrero de Lebrija, principiando su peroración demostrando al campesino todas las ventajas alcanzadas por la asociación, tanto morales como materiales.

Hizo un análisis de la palabra Revolución y de la sociología moderna, y